

# El viaje iniciático de Georges Ward por el universo

Ricardo García Prats

*“La llegada del navío provocó un auténtico delirio  
en la ciudad. Regresaba Nicola Lascaris,  
regresaba el hombre que había sabido conducirles hasta aquel paraíso.  
Y esa misma noche, quizás debido a la emoción del reencuentro,  
Laura dio a luz a su hijo.  
La noticia se extendió por toda la ciudad:  
¡Había nacido el primer niño de Atlántica!  
Era un hermoso niño de ojos grandes y Ermolao, que había regresado  
de su viaje a la Isla de los Acantilados fascinado por la crónica que se guardaba  
en la más secreta de las criptas, decidió dar a su hijo el nombre de Orfeo”<sup>1</sup>*

La cita previa corresponde al final del relato novelado y ambientado en el período del Renacimiento, en la época de los descubrimientos, en el momento del humanismo y del saber universal, que se titula *“La isla del ensueño”*. Era la época de grandes ilusiones y aventuras, una época en la que desde el saber de los clásicos, de Grecia, Roma, Egipto, Babilonia, los turcos, etc., se planteaba una forma de vida nueva, una aventura, una sociedad nueva, una utopía. Esa era la isla de Atlántica, que los antecesores del veneciano habían buscado y que sería, no obstante, Nicola Lascaris quien, rodeado de sabios, poetas, pintores, arquitectos, científicos y filósofos, además de técnicos y expertos en agricultura, botánica, constructores y barcos, etc. etc., llegaría a cumplir el sueño de crear un mundo nuevo y arraigado en lo mejor de la cultura occidental, la que se desarrolla junto a los densos y espléndidos azules del mar Mediterráneo. El relato novelado parte del banquete en el que se programa y prepara la expedición, después se lleva a cabo el primer viaje y el descubrimiento de Atlántica. Una parte de la expedición explora la isla y pasan a su conocimiento y la planificación de ciudades en armonía con la naturaleza y otra parte regresa a Europa, pasando por Cádiz, Sevilla, Madrid, Valencia, Chipre, Padua, Venecia, etc. Era la preparación de la marcha de nuevas generaciones a las nuevas tierras. El relato puede quedar concluido con la cita del principio.

En la isla del ensueño, en Atlántica, existen todo tipo de aguas, de montañas, de árboles, de plantas, de frutos, de animales, de peces. Todo es armonía y belleza, En Atlántica descubren el mejor de los metales, el oro.

*“Sus aguas cristalinas dejaban ver un fondo arenoso en el que mil piedrecillas emitían parpadeantes reflejos al recibir la luz del atardecer. Uno de los marineros penetró en el agua y, tras observarla un momento entre sus manos, se volvió, pálido y tembloroso, y se la tendió a Bocconio. Éste no necesitó mucho tiempo para darse cuenta de lo que se trataba. Era oro. Una gigantesca pepita de oro. Grande como un dedo meñique. Los marineros se lanzaron al agua y empezaron a recoger nerviosos los pequeños guijarros. Todos eran de oro... ¡Oro! ¡El fondo de aquel lago estaba sembrado de oro! ¡Piedras de oro purísimo se encontraban allí en cantidades ingentes!”<sup>2</sup>*

<sup>1</sup> TABLATE, Jesús, LLEDÓ, Joaquín, *La isla del ensueño*, Madrid, Album letras artes, 1990, pág. 176

<sup>2</sup> TABLATE, Jesús, LLEDÓ, Joaquín, op. cit. pág. 80

Yo me he imaginado, mientras leía *La isla del ensueño*, a Georges Ward en todo aquel tráfico de viajes, de enredos, de laberintos, de guerras y de sosiegos, de amores y de aventuras, de descubrimientos, siempre con los ojos bien abiertos para comprender el mundo, conocer la naturaleza y captarla con los sutiles y precisos pinceles que maneja en sus cuadros. No es de extrañar que Georges Ward se encontrara con Landini y le ayudara en la tarea de representar e inventariar todo lo novedoso de Atlántica y de pintar con mitologías el interior de los edificios nobles desde donde gobernar la isla descubierta.

Georges Ward nos presenta una exposición amplia, con unas noventa obras de diferentes tamaños, pequeñas y grandes, cuadradas y redondas, incluso alguna tridimensional. Parecerán muchas, sin embargo, la forma de trabajar por series del artista y su disposición rítmica, al disponerlas agrupadas, resultan eficaces para captar el mensaje -los múltiples mensajes- y armónicas para captar la belleza. Hay que tener en cuenta que nuestro artista ama y disfruta de la naturaleza, de la belleza que encierra, unas veces de forma ostensible y abierta y otras con necesidad de buscarla y rebuscarla. Hablando de las zonas desérticas, de los Monegros pongamos por caso, dice Ward:

*“... nuestros paisajes secanos, donde aparentemente la vida es escasa, ofrecen una continua búsqueda de lo oculto, la vida que está escondida y que a nuestros ojos no es aparente.”*

La vida no es aparente pero el artista busca y encuentra una abundancia vegetal y de vida increíbles. Y es que la vida justifica todo y se adapta el medio.

La muestra gira en torno a unas cuantas grandes obras y a su lado se diversifican otras agrupadas por series. El resultado es la armonía y el equilibrio, que no podía faltar en alguien que se preocupa y aplica la sección áurea en sus obras.

Decía que Georges Ward pinta la naturaleza, el paisaje, los montes, las flores, los desiertos, la flora y la fauna, el cielo, la tierra, el aire y el agua, los peces, los pájaros y siempre representa el mundo con devoción, respeto y admiración. A la vez, encontramos simbolismo, metáforas y formas de exaltación de la naturaleza que nos envuelve, para que no se deteriore, dado que es la única naturaleza que existe y el único planeta donde vivir.

Georges Ward presenta una obra extraordinaria que la pintó en 2013, titulada *Natura*. Es un tondo de 113 cm de diámetro. En esa obra aparece un mundo imaginario en el que la armonía se estructura en geometrías ocultas; allí aparecen los cuatro elementos: el fuego o luz de un sol oculto, el agua, el aire y la tierra y en ese ambiente se representa la flora infinita y la fauna de aves, insectos y mariposas que vuelan. En el fondo del mar, del delta, aparecen peces, moluscos y crustáceos. El eje central lo ocupa la acción y el sacrificio. Un martín pescador se lanza al fondo del agua y pesca una pequeña carpa blanca, cosa que recuerda el sacrificio del Cordero Místico que se encuentra en la catedral de Gante y que pintaron los hermanos Van Eyck.

*A tribute to Martin Johnson Heade*, es un homenaje a este pintor americano del siglo XIX que tras realizar un viaje por Italia para comprender el Renacimiento, tras su regreso a Pensilvania, llevará a cabo diversas expediciones y sus pinturas siempre tuvieron en primer plano un colibrí y una orquídea. Ward tributa un homenaje a este pintor que, igual que él, buscaba la belleza. En el caso que nos ocupa, el autor representa varias montañas del mundo como el Everest, el Ararat, el Gongga o el canadiense Bow, entre otros. Siempre aparecen en estos tondos el colibrí y la orquídea.

El Simbolismo aparece en la época de la industrialización, especialmente en la zona católica de la Europa industrial y terminó en el revuelo de la Primera Guerra Mundial. Sus autores pasaron por otras corrientes artísticas y algunos fueron precursores de las corrientes de vanguardia. *“La lógica de la ciencia, de la industria y del comercio, respondió a toda una serie de necesidades prácticas de la sociedad, así como también a una manifiesta voluntad de poder; pero seguramente no podía calmar la sed que, según la metáfora de Gustave Kahn, sólo puede saciarse en la fuente de los sueños”*<sup>3</sup>. Podemos ver en el simbolismo del siglo XIX que tenía un sentimiento de decadencia, de depresión, una especie de nostalgia frente al positivismo, una resistencia a un cambio de valores. El mismo Michael Gibson se pregunta a qué se opone el símbolo, que es el núcleo del Simbolismo. *“Para eso tenemos una respuesta: a lo ‘real’, determinado y delimitado por la época, a lo dado, a lo profano”*<sup>4</sup>.

¿Podríamos preguntarnos, salvadas las distancias, si Ward es simbolista? De alguna manera podemos responder que sí. Algunos simbolistas del pasado afirmaban la absoluta autonomía del arte y en ese sentido se puede afirmar que Ward no se deja llevar por modas y tendencias. Él ha buscado un camino centrado en el paisaje, en la naturaleza, en la armonía y la belleza que razona un trasfondo, una metáfora de la vida. Todo arte, toda plástica, dicen algo y significan algo. Dante Gabriele Rossetti o Fernand Khnopff tienen algo que decir a Georges Ward. Nuestro autor investiga en el Renacimiento, en el mundo de la belleza y de la alquimia y eso choca frontalmente con algunas tendencias actuales. A Ward le interesan los autores citados, le interesa el expedicionario y botánico que clasificó hojas y especies vegetales que se llamaba Alexander Humbolt. Nada hay mejor que seguir los propios rumbos marcados por las convicciones.

Viene bien ahora analizar una obra que intriga por su aparente sencillez. Se trata de *Polvo de diamante*, de 2016. Un paisaje nevado que el autor ha resuelto con una técnica ahora poco utilizada, que es la veladura en seco. Los colores están ocultos bajo las capas de blanco pero tienen efecto en el resultado. Así el cian, el amarillo y el magenta, los tres colores básicos, tienen sus resultados en ese paisaje blanco, en el que el polvo de diamante se ve cuando hay microcristales helados en el ambiente. Es otro homenaje a Martin Johnson Heade.

Pero el mundo de Ward no se acaba. Tenemos la serie *The garden of the sun*, paisajes apaisados en los que encontramos flores, insectos y pájaros de gran belleza dispuestos como si fueran las flores que recibía la Venus de Boticelli al nacer de las aguas del mar. También tenemos para seguir soñando, los *Paraísos* donde se representan la jungla africana, la botánica asiática, la corteza del olmo, etc. y los *Paraísos de Argón* como *Contemplando el rodeno*, que resalta el rojo de la sierra de Albarracín, *El canto de Riglos*, *Juslibol* o *Paraíso de Monegrillo*. Todo es belleza.

No es mi pretensión una descripción completa, sin embargo hay que nombrar la serie *Life System*, los *Herbarios* de intensa delicadeza, la serie *Wall* compuesta de veinte piezas pequeñas y delicadas, la serie *Compendium*, la serie *Memorias de Ibiza*. Esta última serie de 2015 fue un homenaje a su madre fallecida. Está resuelta en blanco y negro y alrededor de las flores predomina la abeja como recuerdo y homenaje. Volvemos otra vez a la simbología. Apis, en latín es la denominación de abeja y también nos lleva a pensar en el dios egipcio Apis. La abeja revolotea y zumba alrededor de la campanilla en casi todos los papeles. Recordemos los símbolos y sabremos la razón del luto.

---

<sup>3</sup> GIBSON, Michael, *El simbolismo*, Madrid, Taschen, 2006, pág. 15

<sup>4</sup> GIBSON, M.: op. cit. pág. 19

*Aenigma* de 2017 mide 150 x 150 cm y es un acrílico sobre tabla. Me pareció muy interesante la explicación de Georges cuando vi la obra en su estudio casi terminada. El autor ha hecho un trabajo de miniaturista, de hombre de alquimia, de antropólogo, de astrólogo, de arquitecto, de biólogo, de arqueólogo, de ... Ha buscado la apariencia del pergamino o del cuero desgastado, ha hecho un homenaje a la historia y al arte y, yo creo, que ha sufrido hasta el momento del alumbramiento feliz. Me contaba que lo próximo que iba a pintar en el cuadro era, en auténtico pan de oro "*Rosenoble de 23,75 kilates*", una frase en sánscrito que nos habla de la unidad (Dios es uno) y que viene a traducirse como "*uno sin segundo, esto es Brama, sin gunas, sin elementos constitutivos y sin materia*". La frase está destacada en la parte superior central del acrílico sobre tabla. Debajo y ocupando todo el centro del cuadro se representa el escarabajo sagrado de los egipcios, el *scarabaeus sacer*. Esta figura está dentro de diversas figuras geométricas que se interrelacionan con el *Hombre de Vitrubio* de Leonardo da Vinci. El estudio de este coleóptero en medio de la geometría sagrada simboliza, según Ward, el ser unitario en medio del universo. Referencias a la pirámide de Keops, representación del sistema solar y la situación de los planetas en su órbita, la constelación de Orión, el calendario, son cosas que flotan en este "pergamino antiguo" que interpreta el mundo y su evolución. Esa evolución, el paso de la vida a la muerte, la transmutación, se ve reflejada también en la puesta de bolas de excrementos que los escarabajos sitúan bajo tierra para sus transformaciones.

Y me olvidaba de un tondo extraordinario, *Rosas del mundo*, de 2008. La explica así Ward:

*"La espiral de la vida nos conduce a través de un caleidoscopio compuesto de rosas y peonias de múltiples variedades, que conforman la "obra Ward". Dicha pintura está meditada y realizada de una manera giratoria, marcando una espiral de fuera a dentro. Una espiral introspectiva que define un espacio central abierto, una puerta a otra dimensión. Este espacio central nos hace reflexionar sobre una naturaleza que nos abraza y protege de la intemperie, el vacío y lo desconocido. (...) Mi apellido Ward es un apellido árabe e inglés; en inglés significa guardián y en árabe significa rosa"*.

Georges Ward pinta paisajes, flores, coleópteros, insectos, aves y peces, representando el universo. Lo refleja de una manera detallada e hiperrealista. Sin embargo no responden, a no ser en su individualidad, en la individualidad de cada elemento, a una visión que pretenda representar la realidad lo más fiel posible. Más bien al contrario, las composiciones son de concepto, son llevadas a cabo por una reflexión intelectual. Recordemos *Rosas del mundo* y veremos que esa introspección es de concepto. Las obras del artista son obras creadas para, como dijo William Blake, "*ver el mundo en un grano de arena*".

Para terminar, cito a Paul Valery, que escribió, *En el centenario de la fotografía*, lo siguiente:

*"¿Qué sería de la Filosofía si no pusiera en duda las apariencias?  
Los espejismos, las ramas que se rompen apenas tocan el agua y que se recomponen maravillosamente al salir de ella, todos los asombros que el ojo acepta han sido tratados en ese memorable e inagotable acervo de la Filosofía"*<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> VALÉRY, Paul, *En el centenario de la fotografía*, (1931). Recogido en BENJAMIN, Walter, *Breve historia de la fotografía*, (1931), Madrid, Casimiro libros, 2016, pág. 58